

## LA PROBLEMÁTICA CAFETALERA EN LA REGIÓN DE SIMOJOVEL, CHIS.

ANA MARÍA SALAZAR PERALTA

La crisis a que se enfrentan los pequeños productores del café en la región de Simojovel, Chis., encuentra sus causas en una larga y compleja relación clasista que opera a través del Mercado del café, producto que es el vértice de la economía regional.

Trataremos de esquematizar algunos puntos que creemos son básicos como causas y efectos que se revierten y conforman la realidad del pequeño productor cafetalero:

La penetración de la producción del café en la zona, se lleva a cabo tardíamente en relación al avance tenido en el Soconusco: en realidad, es efecto de "la buena suerte y la buena fortuna" que este cultivo empezó a generar para sus productores, en su gran mayoría extranjeros. De esta manera, el cultivo del café se abre como alternativa para los mestizos chiapanecos con algunos recursos económicos, quienes empiezan a establecerse fundando sus plantaciones o fincas con sistemas de trabajo básicamente acasillado.

Esta forma de control directo sobre el trabajo y la producción se reduce por el efecto de la Reforma Agraria, cuando los acasillados, baldíos y migrantes de otras regiones ven como posibilidad de liberación la formación de los ejidos a partir de 1923 —ejidos cuyo reconocimiento se inicia en la década de los años treinta.

Al igual que en el resto del país el reparto agrario ocasiona un incremento considerable en las áreas cosechadas con cultivos básicos, aunque no por ello se perdió el interés en la producción del café. Existe una estrecha relación entre el incremento del terreno cultivado, los cultivos populares y el reparto agrario, ya que al recibir los terrenos los eji-

datarios cultivaron de inmediato, resolviendo de alguna manera su subsistencia. Este tipo de economía permitió al país solucionar el problema del abastecimiento nacional durante cerca de cuarenta años.

El proceso agrario no provocó la caída de los productos de mercado; el reparto, medida de orden político, logró en lo económico una intensificación en el uso de los recursos naturales y humanos. Además resolvió el problema de la producción de los cultivos básicos y creó un mercado para su realización, ya que aunque buena parte de la producción es autoconsumida, los excedentes del grano se venden.

A partir de la década de los cincuentas, se da a nivel nacional un crecimiento dinámico de los productos no ligados al autoconsumo, ya que muchos de los mercados internacionales que durante la guerra tuvieron que cerrar, vuelven a abrirse ante su recuperación económica; se produce así una demanda creciente y una gradual alza de los precios, y correlativamente en los países productores la posibilidad de ampliar e intensificar la producción comercial.

Si bien el crecimiento del mercado del café amplió la producción y la comercialización, nosotros observamos que esta tendencia no es del todo halagüeña para los campesinos cafeticultores de Simojovel, Huitiupán y El Bosque; en esta coyuntura de mercado, la compulsión económica de que son víctimas por parte de exportadores y productores grandes y medianos se intensifica, haciendo menos franqueable para los campesinos la densa red de relaciones de mercado, encontrándose trabados por la usura y el más extendido coyotaje y, por la falta de políticas adecuadas e inmediatas que ayuden a resolver su situación de sobreexplotados dentro del sistema mercantil capitalista.

En la producción del café los efectos del reparto agrario son la introducción directa del ejidatario como productor de mercancías y al mismo tiempo la intensa manipulación del mercado por parte del sector monopolista; es decir, el efecto del reparto agrario se observa como la pérdida considerable de cafetales por parte de los productores privados, quienes viendo reducidas sus ganancias por este concepto, manipulan ahora intensamente el mercado en contra de los ejidatarios, puesto que son ellos los grandes y medianos productores, junto con los exportadores, quienes monopolizan el

mercado, intensificando el coyotaje, comprando a futuro con bajos precios y revendiendo a los exportadores directamente. Todo esto aumenta su capacidad financiera, abriéndoles recursos constantes para la compra de maquinaria para el "beneficio" del café, así como insumos para las plantaciones, fertilizantes e insecticidas, etc.

La situación empieza a cambiar cuando en 1973, después de 28 años de existencia, el Inmecafé, ahora como empresa descentralizada del Gobierno Federal y con recursos proporcionados por la Secretaría de Hacienda, empieza a establecer políticas encaminadas a resolver parcialmente la situación de atraso y explotación que sufren los pequeños productores cafetaleros.

El Inmecafé, establece la creación de "Unidades Económicas de Producción y Comercialización", cuyo objetivo es el de desplazar las acciones del coyotaje y usura, además de establecer políticas de producción, comercialización, crédito y fomento de la cafecultura.

Cabe en este momento plantear algunas preguntas: a partir de este momento, en que aparece el Inmecafé, ¿qué es lo que se puede observar respecto de la situación del campesino y la producción?; ¿cuál es la tendencia que marca el Estado respecto de la estructura de la producción y comercialización a nivel nacional y qué efecto provoca a escala regional?; ¿cuál es la tendencia que el mercado externo ha ido marcando en el ritmo con el que se conduce la estructura social?

Para 1976, la población ejidataria de los pequeños productores cafecultores de los tres municipios: Simojovel, Huitiupan y El Bosque era de 16, 307 personas mayores de 5 años (censo de población de 1970), encontrándose distribuidos en 35 ejidos y ocupando una extensión del 27% del total de las tierras cultivables. Sólo 2,044 personas cuentan con derechos ejidales, por lo que la presión sobre la tierra se incrementa considerablemente.

Durante el período inicial de sus actividades (1973), el Inmecafé organizó a algunos ejidos en Unidades Económicas de Producción y Comercialización, alcanzando una productividad de 5,510.5 sacos de café de 47 kg., correspondiendo el 28.5% a los productores del Bosque, el 18.21%, para las de Huitiupan y el 12.95% para los de Simojovel;

el resto, 40.75% correspondió a los pequeños productores de Jitotol, Amatlán y Pueblo Nuevo Solistahuacan. Según personal del Inmecafé se tuvo como promedio aproximado para ese año 75,000 sacos de producción. Para la cosecha de 1976-77 se obtuvo una producción de 85 a 90 mil sacos de 46 kg. incrementándose la producción para todo el Distrito.

Esta región cafetalera cuenta con tres tipos de zonas para la producción de café, en la Zona Alta a 1,600 m. encontramos a los ejidos: Duraznal, Ceiba y Pueblo Nuevo Sitala, Cárdenas, Ocotol y los Angeles. Para la zona media a los ejidos: Pimienta, Galeana, Azufre y El Bosque, y en la zona baja, Jardín, Catarina y San Pedro Nishtalucum. El promedio de producción en todos ellos según reportes del Inmecafé va de 1 a 3 kg. por Ha., nosotros pensamos que va de 1 a 5 kg. dependiendo de las condiciones de las plantaciones: mientras menos recursos invertidos, menor productividad.

Hemos establecido una comparación con respecto de la productividad de las fincas, pudiendo observar que fincas con matas de 10 años, sin uso de fertilizantes obtienen 250 kg. por Ha. y con uso de fertilizantes y trabajo constante, 90 kg. por Ha. Por lo que resulta lógico el reporte del Instituto Mexicano del Café que señala que sólo un 5% de la producción total del Distrito, correspondió a la producción de los ejidos.

¿Por qué resulta tan baja la producción?. Ya hemos mencionado que después del reparto agrario, los campesinos se dedicaron básicamente a producir productos de consumo básicos —a nivel nacional esta situación los responsabilizó—, dejando caer sobre sus hombros el crecimiento del resto de la economía nacional. Sin embargo, el ritmo de crecimiento de los productos de consumo, maíz y frijol, se redujo, pues desde 1935-39 a 1975-77, sólo alcanzó a duplicarse. El período de crecimiento del índice de producción nacional termina entre 1965-69; por otra parte se observa que casi se triplicó la extensión de cultivos de cosechas de temporal entre 1935-39 a 1965-69, lo cual ha representado niveles muy altos de autoconsumo entre la población campesina. A estas características del crecimiento agrícola debemos añadir el constante crecimiento de los cultivos comerciales; parece existir una correlación entre la baja de los

productos de consumo básico y el aumento de productos para el mercado mundial.

Con este marco de referencia sobre la situación de bajo rendimiento de la producción de los ejidos, creo que podemos contestar a la pregunta formulada antes, de la siguiente forma: el problema fundamental radica en la composición orgánica de capital con la que cuenta cada unidad económica en el campo mexicano. Mientras que a los campesinos ejidatarios se les ha dejado el papel de financiar el crecimiento económico nacional y se les sobreexplota a través de las relaciones de producción y comercialización de sus productos, a los agricultores pequeños propietarios y grandes propietarios es decir, a la mediana y pequeña burguesía agraria, les ha tocado ser los beneficiarios de este financiamiento a través de las relaciones de producción.

Este financiamiento se ha generado a través del trabajo contenido en sus mercancías que se valoriza en el proceso de circulación de las mercancías, proceso que crea una constante descapitalización del campesinado, que además de transferir plusvalía a otros sectores, tiene que enfrentarse a realizar una producción comercial sin contar con los medios necesarios: medios de producción suficientes y dinero para invertir en el proceso productivo, que haga de ésta una producción rentable.

La producción del café, se realiza bajo las siguientes características: generalmente los campesinos cuentan con terrenos de 1 a 5 hectáreas para los cafetales, distribuyendo un promedio de 1,000 matas por ha. en los ejidos de Simojovel, Huitiupán y El Bosque; cerca del 80% de las matas en producción tienen más de 30 años, algunas tienen hasta 60 años, tal es el caso del ejido Pueblo Nuevo Sitalá; muy pocas matas han sido renovadas; algunas de estas han nacido de semillas que han quedado en la tierra y nacen "porque tenían que nacer"; no se tuvo sobre ellas ningún control en su crecimiento, ya que sólo, "si se mantiene buena la mata se le trasplanta"; muchas de ellas tienen características degenerativas, elemento que resta calidad a la producción por ende el bajo rendimiento. Al desconocer las técnicas más adecuadas de control, como sombras adecuadas, podas, limpias del terreno circundante a la mata, control de pendientes, selección y uso adecuado de variedades de acuer-

do a las condiciones ambientales y uso de fertilizantes, no se ayuda a la tierra a preservar su fertilidad, ni se fomenta el incremento en el rendimiento por mata. Además como es bien sabido, es necesario aplicar insecticidas y fungicidas para disminuir las plagas: el control de plagas es una de las cuestiones más importantes a vigilar en toda producción agrícola, sobre todo en este tipo de cultivos donde la dependencia a la producción se traduce en dinero. Podemos señalar sin exagerar que en la zona casi el 99% de los cafetales de los ejidos están plagados; esto no necesariamente depende de la antigüedad de los cafetales, ya que también cafetales jóvenes, por la cercanía con las plagas, las adquieren. Las plagas atacan básicamente las hojas de las matas, provocando una constante defoliación lo cual lleva como consecuencia una falta de oxígeno y de captación de energía solar necesaria para una buena producción.

Otro de los elementos fundamentales de la producción del café es la forma como se produce: las unidades de producción son de tipo ejidal, pequeñas parcelas que se trabajan intensivamente por la familia, que es la unidad productora, cuya tendencia es hacia una gradual fragmentación; aunque no en términos jurídicos, este fraccionamiento se produce debido al enorme crecimiento de la población en los ejidos (cerca de un 200%). Esto lleva como resultado a que las parcelas familiares sean incapaces de producir lo mínimo necesario para la reproducción de la familia campesina; y sin embargo, tienen que dedicar una buena parte de las tierras en el cafetal, limitando la extensión de las parcelas para hacer milpa.

La falta de terreno necesario lleva a limitar también la extensión del cafetal, reproduciendo "n" veces el esquema por cada ejidatario cafeticultor: poca tierra + pocas matas + cafetales viejos + escaso control en la producción + nula inversión en insumos = baja producción. De esta manera se puede observar cómo el sistema ejidal (parcelas individuales de uso intensivo por familia) es una limitante más para la producción campesina, no sólo para la producción cafetalera.

Si a la producción de café o al precio de la producción obtenida —5 Qq. en promedio por ejidatario—, le restamos los jornales realizados por los propios ejidatarios + los

jornales de los peones contratados para las limpias y el corte del café + los de su familia para el corte, despulpe, lavado y secado, + los gastos de transporte, cuando el saldo no es deficitario, apenas si alcanza a cubrir la retribución de su fuerza de trabajo. De esta forma, los costos de producción son proporcionalmente más elevados para los campesinos que participan en este tipo de economía (manteniendo formas de producción —no capitalistas— y unidos al capitalismo por el mercado y las relaciones de producción), pues al incluir en los costos de producción el valor de su propia fuerza de trabajo y la de su familia, ésta viene a reemplazar la falta de tecnología y capital. Así, se produce la plusvalía, como el valor del trabajo no cuantificado en los costos de producción; en ésta incluimos el trabajo no remunerado al ejidatario, el de su familia y el pago del que contrata. En cuanto a la relación de clase entre ejidatario y peón, se establece una relación contradictoria, esta contradicción sin embargo, no es una contradicción antagónica, dado que es el resultado de la relación estructural que el capital les impone a ambos y, ambos juegan el papel de explotados.

En la producción del café, la valorización del trabajo (como en la de cualquier otra mercancía) se da en el proceso de circulación, donde el valor de la mercancía —generado en el proceso productivo— se valora, pues la fijación de los precios no es el reflejo fiel del valor de la mercancía, sino la expresión de la correlación de fuerzas que guarda cada fracción de la burguesía. Los precios son fijados tomando en cuenta los costos de producción de la agricultura capitalista, así como también por las diferentes fertilidades de cada unidad, relación conocida como “renta diferencial” y que funciona dentro de la relación antes mencionada entre los precios y valor de la mercancía, siendo su función principal la de transferir valores a otros sectores de la producción.

La primera de estas transferencias se da a través de la mencionada “renta diferencial”, sin que el campesino se entere ni cómo, ni cuándo se presenta este fenómeno, ya que cuando él empieza a vender su mercancía, esta transferencia ya ha tenido lugar. A partir de ésta se realizan gradualmente otras transferencias dentro del proceso de circu-

lación: una vez recibido el importe de la venta de su café su dinero entra nuevamente a la circulación, cuando adquiere artículos de consumo familiar, artículos que él ha dejado de producir a nivel local ante las restricciones que el sistema capitalista le impone a través del mercado interno.

Este fenómeno nos parece muy claro cuando analizamos las relaciones comerciales que se establecen, ya sea por la venta del café, con el comerciante "beneficiado" de éste, así como a la fracción de comerciante de productos agropecuarios o de productos manufacturados y de consumo; a estos burgueses les toca ser los destinatarios de una parte de la plusvalía contenida en la mercancía; a la primera fracción afluye esta ganancia al entregar al campesino sólo parte del valor real de la mercancía que le compra y al segundo con la venta de productos, por la relación de intercambio desigual de valores, ya que lo que el campesino paga por dichos artículos no es equivalente en relación con el valor contenido en esas mercancías; de esta manera, no sólo se genera plusvalía, sino que también se distribuye entre los distintos sectores siendo el campesino, el menos favorecido con esta relación.

La vía de explotación fundamental es el mercado, pues ya vimos que es donde se realiza el intercambio desigual de valores; intercambio cuyo origen se encuentra en la existencia de dos formas de agricultura, con objetivos inmediatos muy diferentes: por un lado una agricultura capitalista cuyo objetivo es la realización de la ganancia y una agricultura no capitalista, campesina, cuyo fin inmediato es el consumo, la reproducción de la fuerza de trabajo de la unidad familiar. Estos son los elementos esenciales para entender la explotación y atraso en que se encuentran los campesinos.

Para 1973, el Inmecafé empieza a desarrollar políticas para controlar la producción y la comercialización, ambos dependientes de los distintos sectores de la burguesía agrocomercial. Para tal fin crea una serie de pequeñas unidades de crédito, es decir, "Unidades Económicas de Producción y Comercialización" con el fin de proporcionar créditos de avío y refacción para los campesinos y supuestamente cubrir en forma parcial los costos de producción; pero como hemos señalado, es tan estrecha la dependencia del campesino al mercado que estos créditos pasan de inmediato a

manos del comerciante, por el consumo inmediato de mercancías para la familia. Y sin embargo, bajo este rubro el Estado a través de Inmecafé ha invertido grandes cantidades de capital y los logros obtenidos son muy escasos. A lo sumo a lo que ha llegado es acabar con una densa masa de pequeños intermediarios —“coyotes”— acortando de alguna manera el proceso de comercialización, desde el productor directo hasta la taza del consumidor de café.

En cuanto a la producción la función principal que ha desarrollado el Inmecafé, ha sido el fomento de la producción. Bajo este programa se desarrollaron pequeñas parcelas o viveros de matas de distintas variedades, algunas de ellas experimentales; pero aún así, también en este terreno pensamos se ha fracasado, pues han sido escasos los ejidos que se han visto beneficiados con matas de las producidas en estos viveros, además de que éstas son vendidas solamente a los ejidatarios de las unidades. Cuando se han llegado a entregar a los ejidos, no cumplen más que un cometido político (ideológico) dando así una buena imagen de las instituciones del Estado. Sin embargo, los destinatarios fundamentales de este tipo de proyectos no son otros, sino los beneficiados de siempre, la burguesía agraria, pues el Inmecafé en un “acto de buena fe” no sólo ayuda a los ejidatarios sino también a la burguesía agraria y a la pequeña burguesía, al venderles, a bajos precios (a menos del costo real) matas de excelente calidad para sus fincas, lo que se puede traducir como el financiamiento que el Estado realiza para la burguesía agraria, en “pro de más altos niveles de producción”.

En cuanto a la orientación técnica, que supuestamente el Instituto debe otorgar a los campesinos, el 95% de los ejidos carecen de ésta: todos se quejan de la falta de interés de parte de los promotores y agrónomos a sus necesidades. Pero para ser justos no se trata de un problema personal, sino de un problema institucional burocrático; así esta incapacidad de proporcionar la orientación necesaria, crea una limitación contradictoria con los “principios fundamentales” que dieron origen a esta institución.

La irregularidad, incapacidad y en algunos casos ineficiencia por parte de los servicios que presta el Inmecafé, hace que a quienes realmente les lleguen los beneficios, y a

muy bajos costos, sean lógicamente a las fracciones de la burguesía agraria. Bajo esta óptica, el Inmecafé no sólo no ha logrado transformar la realidad del pequeño productor, sino que ha afinado la vía, limpiando el camino al monopolio del gran coyotaje, dirigido por productores-exportadores y exportadores a quienes no sólo les ha preservado la estructura de transferencia en beneficio directo, sino que manteniendo la forma de dependencia del campesino al capital, se amplía y refuerza ésta.

Obviamente el papel que juega el Inmecafé, en el control de la producción y de la comercialización entre productor directo y el capital es de intermediario, convirtiendo a los productores directos, sean minifundistas, pequeños productores cafetaleros, jornaleros, etc., no sólo en proletarios, en sentido estricto, sino en "asalariados del gran capital", ya que se cumple con los propósitos principales de éste, que son el de ser abastecidos de manera regular y barata de mercancías para la venta en el mercado mundial y —reforzando aún más— la dependencia de los campesinos al mercado —el de obligarlos por las presiones de los monopolios, a seguir produciendo este tipo de productos.

Así, el proceso capitalista en la agricultura va convirtiendo al campesino en un simple productor de mercancías y al mismo tiempo un consumidor de las mismas.

Una vez habiendo observado la producción cafetalera internamente, creemos pertinente en este momento dar un vistazo al papel que el Estado mexicano ha mantenido en sus relaciones con el exterior en materia comercial respecto de la cafecultura; México forma parte de los 41 países productores de café en el mundo, y ocupa el cuarto lugar en importancia entre los países latinoamericanos que participan y es el primero en la producción de la variedad de arábigos, variedad muy difundida en los países productores.

La posición que ocupa nuestro país no es muy fuerte, sin embargo ha jugado un papel decisivo en la organización del "grupo de los suaves", cuya función es la de luchar por mejores precios para su producción. Otro de los avances de México, en el mercado externo, fue la designación como representante de la ONU en la presidencia del Consejo Internacional del Café, en 1975-76.

Debido a estas acciones políticas y básicamente a los pro-

blemas climatológicos y políticos que sufrieron Brasil, Colombia y Angola, la posición de México en el Mercado Internacional fue preponderante, alcanzando precios inverosímiles en la historia de la cafeticultura mexicana (1975-76), que fueron creciendo gradualmente, debido a que; el aumento del consumo y el relativo estancamiento de la producción mundial llevaron al aumento de los precios, observándose una tendencia creciente en los precios de 1971 a 1975 en relación al resto de las exportaciones. El café, ocupó el segundo lugar, entre los productos de exportación del país manteniendo esta tendencia.

Siguiendo la línea de nuestro análisis y habiendo observado paso a paso las acciones del Estado a través del Inmecafé en sus "hazañas comerciales" en el mercado internacional, podemos concluir que una vez más, el Inmecafé actúa como representante del Estado capitalista, en la fase del capitalismo monopolista de Estado, yendo a la cabeza de los cafeticultores mexicanos no en función del interés comprometido con los campesinos cafeticultores del país, sino que persigue objetivos de mayor alcance con quien lo origina: la burguesía; que en sus distintos sectores participa de los beneficios de la cafeticultura nacional.

Beneficios que independientemente del precio, llegan a su sitio exacto dentro del régimen burgués, las manos del capitalista; y aun cuando los precios son altos en el mercado internacional, "las ganancias" nunca llegan en su forma justa al productor, puesto que tienen que pasar por varias manos antes de llegar a las del campesino, debido a que son transferidas a los distintos sectores de la burguesía e incluso al Estado. Y en todo este proceso el capital corre pocos riesgos, ya que la inversión se hace sobre la esfera más segura y rentable: la comercialización.

Después de la bonanza cafetalera, la suerte declinó su balanza, así que la baja en los precios llevó incluso a cerrar el mercado en varias ocasiones en 1978, llevando a la peor crisis económica a los sectores más débiles de la cafeticultura. Tal es el caso de los ejidatarios de Cárdenas, Huitiupan; quienes, habiendo conseguido como fruto de su lucha contra los finqueros la recuperación de sus tierras, se organizan en un cafetal comunal, consecuentemente con su lucha de autogestión.

El objetivo central de este cafetal comunal era funcionar como una empresa campesina independiente del Estado, siendo ya conscientes de la explotación que sufren tanto de la burguesía agraria y comercial como del mismo Estado.

Paradójicamente y a pesar del esfuerzo intensivo, sucedió que paralelamente al logro de la cosecha, el precio internacional del café se abatió. Fue difícil para los compañeros de Cárdenas, comprender cómo independientemente de su dedicación, el precio se fija internacionalmente; tal fue la gravedad de la situación del mercado que no sólo los exportadores, sino incluso el Inmecafé (amos a nivel local) cerraron la compra. En consecuencia, se optó por hacer el intento de colocar su producción en la ciudad de México; la dificultad de la empresa pronto resultó evidente: los campesinos se enfrentarían a partes del proceso del "beneficiado" y comercialización: cascabillado, transporte a México, y ya en la ciudad: tostado, molido, empacado y, lo más importante, la búsqueda del comprador.

Para no alargar el recuento de las peripecias, baste mencionar que finalmente la mejor opción (o en realidad la menos mala) sería CONASUPO y aún así el precio que se logró estuvo muy por debajo de lo esperado por los campesinos.

Sin embargo, el resultado no fue del todo negativo: no sólo el enfrentamiento a la cultura dominante resultaría instructivo, sino que fundamentalmente se amplió el rango de experiencia de los compañeros de Cárdenas, para comprender ya no sólo la producción, sino también la comercialización del café y sus problemas.

Este es el recuento de la experiencia de un grupo de productores en una de las zonas cafetaleras del país; nos sirve como ilustración para comprender cómo se integran los procesos del capitalismo a diferentes escalas, para incidir finalmente sobre los pequeños productores cafetaleros. Paralelamente, para los compañeros de Cárdenas creemos que la experiencia permitió el avance de la conciencia de clase.

#### SUMMARY

The present paper, attempts to sketch, in a general way, the situation of the coffee producer, in the region of Simojovel, Chiapas. That is, it takes a look at the means of control to which he is subject within the market system that capitalism imposes.